

**Relato escrito por Gonzalo Rodas Sarmiento,
perteneciente al libro "Las presencias de Jesús".**

Simón de Cirene

Voy pasando cerca de La Calavera, y estoy apurado por motivos de mi trabajo. Aún así, me detengo a ver al hombre que llevan a crucificar. No parece ser un malhechor, a juzgar por las cosas benignas que dice a la gente. El hombre cae bajo el peso del leño, y los soldados tratan de levantarlo a golpes. Lo logran a medias. Un soldado le quita el madero y me lo pasa a mí.

-Tú lo vas a llevar -me ordena.

-Perdón, es que ando apurado.

El tipo me golpea, obligándome a obedecer. Así que no me queda más remedio que caminar con la cruz del hombre al que van a matar. De pronto, recuerdo haber escuchado acerca de una persona llamada Jesús, al que los sacerdotes andaban buscando. Así que le pregunto al hombre, que apenas puede caminar:

-¿Tú eres Jesús?

-Sí. ¿Y tú quién eres?

-Uno que iba pasando. Me llamo Simón. Soy de Cirene.

-Me sonrío con gratitud y hasta me conversa un poco. Le digo que lo admiro, y que si pudiera sacarlo de aquí lo haría. Eso se lo digo despacito y muy cerca de su oreja.

Llegamos al destino. El soldado me quita el madero y me dice groseramente que ya tengo que irme de ahí. Intento quedarme, por si se presentara una oportunidad de hacer algo por Jesús. Ya solté ese apuro que yo tenía.

-Te dije que te fueras, desgraciado -me gritó el soldado, empujándome al suelo.

Me paré rápidamente y me fui de ahí, pues no cabía otra cosa, pero volví calladamente a acercarme y me escondí detrás de una piedra grande. Estuve un rato, y no pude soportar el horror. Bajé apenadísimo.

Y mi vida cambió para siempre.